SANGRESITA

1
233759



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cénts.

1
233759

47/1505153

Sangresita serrana

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—¡Echa pa acá, tú, prenda salá!

—No me da la real gana.

—Pues a mí me da la real gana de magrearte.

—Pues vete con la Peleona, que te quiere mejó y tié más *lú* que yo.

—Pero tu ties la *lú* en los cliso: y en esos brochesito serrrano que mis dátile no se jartan de sobajeá.

—Pues mis «brochecitos» no son para que los desabroche ningún torero de invierno, como tú.

—Pica, pica... Que yo no juyo a la suerte, presiosa.

—Pero déjame ya sosegás las caeras.., ¡oy, Josú! Y que indesensia de hombre.

—Es que tus caeras, y tu muslamen y toas esas carnesitas de gloria y nieve me las vi a come yo un día desto, mi arma!

R.3224201

—Pero esa mano.., ¡aaay! ¡oh!

—Dejáme a mi que tengo buena mano izquierda yo...

—Y sigue arriba sin detenerse el mu... muuuí!

—Que viene er toro! ¡Ujujuy! Como conoce que te estoy empapando en trapo, que al fin obedese y ya logré cuadrarte pa el primer metisaca, sangresita mía!..

—Ay! Que me hase daño...Pa...la ..bra!

—No será tanto, cuando no pues ni prenunsiá, embustera! Josú! ¡vaya una mota!.. digo, vaya una mata de pelo! Encrespao y risao too de una ve!.. ¡Vaya caló!

—El pelo que Dios m' ha dao... Y pa presumi más que muchas postineras que se andan contoneando por esa caye!

—Es la fija, mi nena!.. Así!.. Así te quiero yo: presumiendo!

El «Visojo» ya tenía en su poder aquella vaquilla brava; no una mujer, tal como era la más castiza mocilla del barrio de Triana.

La Mari-Rosío andaba trastornadilla por el insignificante novillero.

«Visojo» era tuerto,.. Pero con su sólo ojo *veía* enseguida el punto flaco de las hembras que trasteaba; y como tenía la precaución de colocarse de perfil, así, claro, resultaba menos antipático.

Aquella novillada benéfica en que torearon «Calambres», «Derrengao» y Pepe el «Lacha», fué presidida por algunas buenas mozas, todas del barrio trianero, el más castizo de Sevilla.

El palco que ocupaba Mari-Rosío, con una tía suya, que no hacía otra cosa que dormir, fué considerado por el «Visojo» (que estaba de suplente, pero no trabajaba aquel día) como un reservado más de cualquier café cantante, a los que él era muy aficionado a concurrir como conquistador decidido y acostumbrado a triunfar del sexo débil.

—Nene! Nene!.. No cargues tanto la mano, hijito!—decía suspirando ella.

El se habia echado encima y la estaba «empapando», como se dice en gerga toreril... Con lo «empapada» que estaba ya la muchacha por su naturaleza sutil y demás.

Ahora las piernas de Mari - Rosio, casi al aire, miraban hacia el techo. El «Visojo» la estaba dando pases y más pases con su muleta, y ella ¡vaya una vaquilla juncal! Obedecía a la suerte con un primor y una donosura deleitables...

La tía (o lo que fuere), aquella señá Antela, en un breve lapso en que no dor-

mía, pues parecía haber nacido solo para el sueño, había pedido leche merengada con barquillos.

Pero durante la faena, llamémosla así, de ambos amantes, en lo mejor o al final de aquélla, ya, cuando estirando cuantos miembros estirables poseían, parecían «entregarla» de pronto, estalla una bronca en la plaza.

Prisas en salvar desarreglos de la ropo, botones desabrochados, etc.; un manotazo del «Visojo» dió con fuerza contra la copa que contenía la sabrosa bebida.

Remoño! La leche acaba de derramarse y sin querer tiró la merengada al suelo.

La tía acababa de despertar sin sospechar el estropicio libidinoso de los tórtolos, desesperada ante el otro estrépito de la leche perdida en el suelo.

—¡Y era merengá!—repetía condolida, la bruja, relamiendo aún algunas goticas que quedaron en el vaso e ingiriendo con precipitación los sabrosos barquillos.

Pasado el contratiempo, pregunta la tía:

—¿Qué tal la suerte de varas, niños? ¿Ha picao bien mi hombre? Er Guiri.

Miráronse la parejita...

—Si que ha picao bien... er Guiri, tía.

—Con toa el arma. Y en los propio rubio, ¿verdá salailla?

—Y tan rubios—repite ella cachondilla.

—Con que, hijos. De retirada ¿no? Y mañana a la feria de Utrera: ¿vais a fartá, mi arma?

—¡Ante fartará er só, tía!—afirmó Mari Rosío, colgándose del brazo de su amante.

—¿Iremo ar concurso de fruta e flore, Rosío?

—Iremo... Y lo que nos vamo a jartá de flore...

—Y de fruta, sobre tóo—aseveró el aprovechado diestro en tanto disimuladamente oprimía los pechos retadores de la moza uno después del otro.

II

Estamos en la feria de Utrera.

Todo allí es vocerío y alegría; dicharachos y piropeo en confusión con las voces de las vendedoras.

Por fin, entraron en el pabellón del Concurso cuatro o seis mocitas de las más listas y vivarachas, seguidas de cerca por otros tantos chulillos de esos jaraneros y

que no dejan rincón por visitar.

¡Vaya una preciosidad de fruta!

¡Qué de manzanas, qué de peras! ¡Qué abundancia de chirimoyas, de higos chumbos, de uvas primerizas!

Pero si se comparaban aquella abundancia de lindas frutas con los descotes de las muchachas, éstas salían ganando.

Por de pronto las manos atrabiliarias de los chulapones tanteaban las rollizas «sandías» posteriores de cuantas buenas mozas les iban a su alcance.

Ellas cosquillosas, meneaban las caderas, ante el sobo apasionado y viril.

Una de las mozas más ondulatorias, más postineras, era Carmelilla, la gitana, otra de las atortoladas del tuerto que ya conocemos. Una morenaza descacharrante, de rolliza que era y derrochando curvas y relieves carnosos por todo su cuerpo.

La tal Carmelilla que iba sola dió dos o tres vueltas por el pabellón, sin admirar poco ni mucho el magno aspecto de la exposición de frutas.

De pronto el busto de contorno sensual y movedizo de la gitanilla, agitóse con cierta violencia: sus ojos fulguraron; acababan de fijarse en una pareja amarteladísima, que gracias a la semipenumbra de cierto ángulo del local, se besaban con

ahinco y se sobaban a más y mejor.

Carmelilla de un encontronazo en un muslo al galán—que no era otro que el Visojo—le puso casi al borde de dar un bote y dos o tres chillidos.

—¡Vamo! Veo que te dí en buen sitio ¿no serrano?

—¡Ah! ¡Ere tú, Carmeliya!... Me has dao, sí, sí; me has dao en er mismísimo lugá del amor propio.

—¿Y esa quien é?—demandó con mal talante Rosío, separándose de su pareja.

—Una que te va a quitá a tí tanto moño como te haya puesto, de resurta de ese sascandí, que tié un ojo na má abierto como los toro burrisiego ¡ele! ¡Esa soy yo!

¡Qué hubo dicho!... ¡De un manotazo, la Rosío le hizo retemblar los lujuriantes senos!... De otro rempujón, casi tumbó a la gitana encima unos cuévanos de fruta temprana.

¡Se armó con esto un jollín padre! De los que hacen época.

Echábanse al suelo las mozas unas: las caras encendidas, rabiosillas las miradas, al aire algunas pantorrillas, y algún principio de rollizo muslo, ceñido con sus ligas más o menos vistosas... Las popas de las combatientes eran los puntos donde acudían más las manos con furor recon-

centrado.

¡Jadeaban! ¡Bufaban!... Más ropas aún en desorden. Un municipal que interviene y se gana unos arañazos.

—¡Mala sorra! ¡Te voy a mascá la nué! —saltaba furiosa Carmelilla, agarrada con Rosío, a la que intentaba morder en el cuello.

La otra la tenía agarrada por entre las ropas por la parte del bajo vientre con mil intenciones aviesas.

—¡Ah! ¡El moño! ¡El moñito!... ¡Ya é mío!... ¡Mardita! ¡Salamandruya, desgalichá!...

—¡Ay, que me tiran de los pelo!... ¡Josú! ¡Josú mío del gran podé!

—Me voy a jasé una coleta nueva pa los día de fiesta pa mi Visojo, con los que te arranque de ahí, ¡malísima pécora!

—Y yo te voy a poné er buyate má blando que esa breva que andan por er suelo, ¡zarrapastrosa! ¡Indesentona!

Acudieron dos agentes de O. P.

—¡A ver, a ver!... ¡chachas!... A ver si os soltais ¡u qué!

—Proceso verbá, dende luego... No fartaba má...

De un guantazo la Rosío le metió el «proseso», boca a dentro al guardia que habló el último.



Por fin se calmaron. Recogiéronse algunas ligas del suelo: abotonáronse los corpinos, a fin de no tener más en libertad los tentadores pechos femeninos y en esclavitud las miradas y otras particularidades de los buenos mozos que presenciaran la pelea y allí no había pasado nada...

A todo ello Rosío buscó con los ojos y hasta llamó a su novillero. Pero éste, ni corto ni perezoso, como si le hubieran metido una bronca «de las suyas» en cualquiera plaza dijo: «¡ahí queda eso!» y piés para que os quiero...

Era todo un hombre el tal Visojo: no se puede negar.

III

En vista de la zalagarda armada en el concurso de frutas y flores del ferial, diéronse cita los más conspícuos del pueblo en cuestiones de «cante jondo», guitarreo y bailoteo en un ventorro en las afueras de la población, el ventorro de la *Pajisa*, porque su dueña era así conocida de los amantes de las sabrosas cañitas y de lo castizamente andaluz.

—¡Ya estás dándole, tú, a la guitarra,

saboríol

—No suena, le falta una cuerda.

—¡Animalejo! Se toma anque sea una liga de una mosita pinturera y ¿hay má que jasé tira a la dicha liga, pa ello?

—¿Sirve la mía?

—¡La mía!

—¡La mía!

—A no *lamé* tanto y a enseñá toos los ticos tesoro que Dio vos ha dao.

—¡Fuera gente!—saltó Visojo, como si fuera a su fiera en la plaza.

—¡Fuera tú, mala sangre! Que donde será la hija e mi mamita no mete el hosico ningún charrán.

—Que mu bien hablao. ¡Pero a ver lo de la cuerda como queda!

—¡Pues ahí va mi liga!...—(Una pantorrilla de esas «de una vez»).

—¡Y yo pa cuando, sinó!—(La segunda aún más ampulosa y más sesgada que la primera).

—¡Queda lo supe de la caza. pollería! —(Otra pierna y a más un *principio* de muslo que obligaba a desear enseguida el *postre*, en vista de tan opíparo «principio»).

—La que yeve la liga má tensa ¡eza!

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo!...—intervinieron en grupo ócho o diez voces femeninas.

Con prima o sin prima, la guitarra comenzó a sonar de lo lindo: pespunteada. Una voz gachona hendía la atmósfera:

«Coratito a la su mare
la ha pedío pa su boa
pa jaserse una armoada
los pelos de tu presona».

—¡Olé, bien! ¡Esa jé mi novia!

Siguieron unas *bulerías* bailadas jacarandosamente y con todas las de la ley por la «Pingarrona»; una gitanaza que quitaba el sentido al saltar a los medios, como una tigresa a quien sueltan de su jaula.

Luego su cuerpo vibrátil, serpentino, casi impávido comenzaba una serie de ondulados, de batimanes, de meneos que no había manera de estarse allí ninguno quietecito en su asiento viendo aquel prodigio.

—¡Esa ropita! Que estorba ¡eh! ¡eh!— expresaba entusiasmado uno de la reunión. Al punto la Pingarrona, ya con una mano, bien con la compañera, iba pellizcándose los faralaes hacia lo alto cada vez con más ahinco, hasta que pasó de las rodillas y con almíbares en las bocas de los concurrentes, asomaban ambos tercios inferiores de los morenos muslos.

Los rostros se congestionaban por momentos.

El tango criollo que siguió a las «bulerías», creció aún en audacias exhibitorias en la dislocante morenucha.

—¡Más! ¡Más arriba! ¡El escaparate!— decían varias voces ya roncas a fuerza de ser emocionadas.

Cuando vino lo de enseñar la niña su «escaparate», pero sólo por un momento y en gesto rápido, una mano imprevista cogiendo la lámpara de petróleo se la llevó consigo y un soplo misterioso apagó el pábilo.

La confusión fué enorme: las risitas, los chillidos, coincidían con el intento entre varios de rascar cerillas con que suplir la escasa iluminación de antes. Pero ¡sí! ¡buenas y gordas! Las boquitas femeninas soplaban las cerillas en cuanto echaban lumbre y otra vez aquella especie de «caos» de cuarto o quinto orden se restablecía, como si fuera aquello lo que todos desearan.

El besuqueo anduvo apretado, rápido y de rechupete.

El manoseo no le anduvo en zaga: las ropas interiores registradas por manos pícaras hasta dar con carnes satinadas y de cálidos efluvios pasionales menudearon lo corriente y aún se excedieron a lo corriente.

***

Durante la refriega amatoria y pecaminosa, en tinieblas, el que quizá mejor aprovechó el tiempo fué el Visojo, arrebatando casi en volandas en sus brazos a la heroína de la fiesta, la popular Pingarrona.

—¡Pero hijo! ¡qué t'ha dao!

—¡Es que me has dislocao del too, ladrona!

—Nada te vas a jechá de meno—ella riendo maliciosa y palpándole—sino too lo cantraria. ¡Te han crecío... tus facurtade, mal noviyero!...

Pasaron a una habitación propicia a otros jaleos.

—Desabrochate más, so sabrosiya; que te *vi* a endiñá una hasta lo gavilane.

Ella despecherada, con las ropas en desorden, mostrando sus magníficas piernas, con medias de hilo color azafrán, llamativas perversas, porque le llegaban muy a lo alto... casi a regiones que marean y trastornan por lo inexploradas.

Se apretujaban ya de lo lindo... Uno en contra de la otra comunicábanse sus ardodores mutuos inaplazables, impulsivos.

—¡Morucha!... ¡Dame boquita! ¡a tu morucho!

—Pero que bien ¡qué reque... te... quebién de facurtade estás, so feotón!

—¡Por que sí! ¡Ahí verá tú!... Y tú que

ere una res de las de alivio. ¡Cuidao como embistes y te vas ar bulto, chavó!

Ella embestía, en efecto; con su cabeza al pecho del feliz torerillo causándole unas cosquillas irresistibles con su abundante cabellera negra y rutilante. El pecho de él estaba desnudo y ¡por eso!

—Haste má atrá. ¡Ay! que do «limone» jeso de tu pecho. Toréame ya al «alimón»; que yo soy toro por un ratillo ¡anda. ya!

Estas últimas palabras llegaban claras y precisas a oídos de dos buenas mozas que estaban esperando junto a la puerta de la alcoba. Oir lo de torear al «alimón»: arrancar una de ellas, febril y veloz, uña cortina cualquiera, y entregarle un extremo de ella a su compañera de achares, fué un relámpago.

Después de arrimarle unos capones en la cabeza y donde pudieron al pobre torero—¡ya se había caído el hombre!—le comenzaron a torear con un arte por demás mujeril y rabioso, con pases, medios pases, navarras, faroles y cuantos telonazos de viso ha inventado la gente de coleta.

—¿Con que al alimón, eh?... ¡Toma!... ¡Pintiparao!

—¡Toma trapo!... ¡Jú, jú , jú!

Ellas bramaban de rabia pero seguían achuchando al novillero con una energía

de que se las hubiera creído incapaces.

Luego fueron quitándole a Visojo prendas de ropa, hasta dejarle en calzoncillos. El pobre maleta, hecho una facha en fuerza de quedar en ridículo, y víctima de dos mujeres despechadas y ¡de Utrera nada menos! La Pingarrona por su parte, oculta bajo el cobertor de la cama, temblaba, por si le llegaba a ella su hora en aquella soberana cachetina.

Pero faltaba el rabo por desollar.

Y fuè lo tremebundo cuando Carmelilla (ya se comprenderá eran ésta y Mari Rosío las autoras de la fechoría) la más decidida con una tijeras que traía a prevención, cortó la coleta, sin escrúpulo ni ulterior preparación al desdichado diestro.

—¡Pa que aprenda a distingui, so morrá!... Si quiere coleta nueva córtale el rabo a un gato.

Ante aquel terrible desmán, al Visojo le dió un patatús, y cayó redondo al suelo.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo.—Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles. Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. Sangre ardiente.—Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino.—Un maridazo.—Las hijas de Venus.—Centro Galante.—Delicias del amor.—La mujer ajena.—La Sabrosa.—Secretillos de alcoba.—La Isla del amor.—Un matrimonio modelo.—La Virgencita. Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes—Canalladas de Cupido.—Travesuras de un conejo.—Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos. Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas. Mordiscos femeninos. ¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil.—Una tía sin vergüenza.—Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física. Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.—Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles.—Memorias de un lunar.—La saeta de Cupido. ¡Viva la faldamenta!—Ajetreos amorosos.—Lamentos de un somier.—Un Canuto libertino.—Las NALGAS marinas.—A punto de caramelo.—¡Vaya cardo!—Los tres besos y medio.—El morrongo de Venus.—¡Toma candela!—La liga perdida.—Cine placer.—Cositas del querer.—Paraíso del Amor.—El jergón de la dicha.—Cuatro gotas.—Acaparadora de besos.—Toma y daca.—Una cama diabólica.—Placeres egipcios.—Piernas alzadas.—Las cosquillas del amor.—Sangresita serrana.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires